

LECTURA Y NATIVOS DIGITALES¹

DARÍO VILLANUEVA

De la Real Academia Española

Universidad de Santiago de Compostela

Agradezco muy de veras la invitación que el Instituto Cervantes de Pekín me ha cursado para que intervenga en estas III Jornadas de Formación de Profesores de Español como Lengua Extranjera en China, y lo haré con una ponencia sobre un asunto que me interesa en mi calidad de profesor de Literatura y que confío no le resulte ajeno tampoco a todos ustedes.

No soy un experto en la enseñanza del español como lengua extranjera, pero me siento muy próximo a este campo desde mi triple faceta de filólogo, universitario y académico. De hecho, he colaborado desde sus comienzos con uno de los proyectos más ambiciosos en este terreno de la enseñanza del español como lengua extranjera de todos cuantos se han planteado en los últimos tiempos en mi país. Me refiero a la iniciativa que lleva adelante en Cantabria la Fundación Comillas, de la que tiene también información de primera mano mi admirado colega y amigo Francisco Moreno, Director Académico del Instituto Cervantes.

Me anima a presentar mi ponencia sobre “Lectura y nativos digitales” al comienzo de estas III Jornadas el que uno de los temas propuestos por la organización, concretamente el undécimo, sea, literalmente, el de la “explotación de la lectoescritura como estímulo para hablar y escuchar, y viceversa”, así como me reconforta ver en el adelanto de programa que me llegó hace ya varias semanas que alguno de ustedes va a presentar comunicaciones sobre, por caso, el uso del correo electrónico como herramienta de aprendizaje y enseñanza de ELE o la aplicación de las herramientas digitales en el aula de este tipo de enseñanza.

Ojalá mi suposición de que esta ponencia podría tener alguna pertinencia a los efectos de estas jornadas no se vea desmentida ante todos ustedes por lectura de las páginas que

¹ Artículo extraído de la ponencia original de mismo título (Pekín, 23 de agosto de 2010).

siguen. En todo caso, la organización ha previsto un generoso espacio para el debate después de que yo haya terminado mi monólogo.

A principios de 2009 se presentaba, a bombo y platillo, el Kindle², el aparato que Amazon solo vendía inicialmente a unos pocos privilegiados y representa la última generación de los denominados eBooks, el iPod de los libros que en la competencia Sony ha bautizado como eReader. Recientemente, por cierto, las veintidós academias de la lengua española de España, América y Filipinas hemos acordado por unanimidad traducir como *libro electrónico* tanto lo uno como lo otro; es decir, tanto el texto escrito para su difusión sobre un soporte electrónico como el aparato que permite leerlo en su pantalla.

La magnífica operación de mercadotecnia que Jeff Bezos desencadenó el 9 de febrero de 2009 en la Morgan Library neoyorquina al presentar su nuevo libro electrónico ha hecho ya correr ríos de tinta por el ancho mundo y ha reavivado el viejo tema de la inminente muerte del libro a la que algunos agoreros habían puesto fecha exacta hacía tan solo unos meses en la Feria de Francfort: el año 2018.

En 1962, un profesor de la Universidad de Toronto publicaba *La Galaxia Gutenberg*. Marshall McLuhan sostenía allí que toda tecnología tiende a crear un nuevo contorno para la Humanidad. Sus avances representan algo así como verdaderas extensiones de nuestros propios sentidos, lo que trae consigo todo un rosario de consecuencias psíquicas y sociales. La tecnología del alfabeto fonético, que data de tres mil quinientos a. d. C., trasladó a las personas desde el mundo mágico del oído y de la tribu, donde la comunicación se basaba exclusivamente en la oralidad, al mundo neutro de lo visual. El descubrimiento de la imprenta de tipos móviles en Europa y del papel en China potenciaron extraordinariamente la cultura del alfabeto, al multiplicarse mecánicamente los escritos y posibilitar la difusión por doquier de libros baratos. McLuhan atribuye a la imprenta no solo el refuerzo del individualismo sino también la aparición de las nacionalidades modernas, hasta que, a partir del descubrimiento del telégrafo a mediados del XIX, irrumpa la “constelación de Marconi”.

Los que él denominaba “medios eléctricos” –radio, cine, televisión– vinieron a exteriorizar nuestro sistema nervioso central hasta el extremo de que el universo se reduzca a una aldea global, resurja el tribalismo primitivo y se vislumbrase una pronta desaparición del libro. En alguna declaración periodística, llegó a anunciar cuándo se produciría este óbito: exactamente en 1980. Fue el año en que McLuhan falleció. No fue el primero en equivocarse a este respecto. José Antonio Millán recordaba en un artículo titulado “Leer sin papel” (*El País*, 9 de abril de 2009) cómo ya en 1894, impresionado por la invención del fonógrafo, un experto aventuró que los cuadernillos de papel impreso, plegado, cosido y encuadernado bajo una cubierta portadora del título de la obra caerían pronto en desuso “como intérpretes de nuestras producciones intelectuales”.

Y sin embargo, a más de un siglo de aquella profecía apocalíptica, se puede decir del libro impreso que goza de muy buena salud. Nunca en toda la Historia se han escrito, impreso, distribuido, vendido, plagiado, explicado, criticado y leído tantos, sin que por el momento se perciba ningún síntoma de desaceleración en las estadísticas. Entre otras cosas, porque de 1960 a 1999 se duplicó la población mundial hasta llegar a los 6.000 millones. Añádase el incremento de la alfabetización y del nivel de vida en algunos países. Por limitarnos tan solo a España, en 2007 se editaron 70.520 títulos (el 10,4 % en catalán, el 2% en gallego y el 1,5% en euskera) y se produjeron 360 millones de ejemplares. Al servicio de la circulación de tantos cuerpos de libro España dispone de unos 33.000 puntos de venta, de los que tan solo un 15% resultan ser librerías o papelerías-librerías. Y en contra del estigma de que en nuestro país no lee nadie, los estudios más solventes (Millán [compilador], 2008: p. 138) acreditan que en 2007 un 56,9 % de los españoles nos declaramos lectores frecuentes u ocasionales.

Todo ello, junto a la poderosa carga cultural y el arraigo del hábito de leer libros aconsejan prudencia a la hora de proclamar su muerte. Quien se quiera nuevamente meter a profeta, allá él. Siempre le quedará el expediente de explicarnos profusamente en 2019 por qué su vaticinio no se cumplió. Mientras tanto, larga vida a Gutenberg, y a su prole, cuyo benjamín bien podría ser el libro electrónico.

No hay que descartar, tampoco, otros inventos posmodernos. También en aquel año de 2009, los clientes londinenses de la librería Blackwell's en Charing Cross pudieron ya disponer de un nuevo servicio. Se trataba de una máquina híbrida, monstruo nacido del maridaje entre un cajero automático y una sofisticada fotocopiadora en el que cada usuario puede “producir” por un coste que va de 6 a 13 libras esterlinas un ejemplar de cualquier obra de su preferencia de entre un catálogo de medio millón de libros.

La impresión es rápida: cien páginas por minuto. Y la calidad del volumen final, simplemente aceptable. El artilugio responde a la denominación de “Expresso Book Machine”, y no es más que la adaptación al servicio directo para el cliente del sistema del “book on demand” que me parece uno de los avances más interesantes de cara a la pervivencia del libro gutenberiano. Porque yo me pregunto: ¿antes que en los umbrales de la muerte del libro, no estaremos en la antesala de la coexistencia de las imprentas, que tanto han evolucionado ya gracias a las nuevas tecnologías, con un nuevo procedimiento de edición que lo que sí va a erradicar es el almacenamiento de los volúmenes en forma de átomos, que no de bites?

Que las nuevas tecnologías van a introducir modificaciones en el universo del libro está fuera de toda duda. Y en dos sentidos: en el libro como objeto y en el libro como creación intelectual y estética. Me interesa sobremanera el campo ya abierto de la llamada ciberliteratura. Y después de haber presidido durante cuatro años REBIUN, la red de bibliotecas universitarias españolas, desde hace otros tantos dirijo el consejo científico de la Biblioteca Virtual que lleva el nombre de Miguel de Cervantes. Su gran personaje, don

Quijote de la Mancha, fue víctima a su modo del libro impreso. Solo con manuscritos no hubiese podido enloquecer con tanta facilidad, y recuerdo haber leído hace tiempo un estudio de la biblioteca medieval de los Reyes portugueses que no tenía más de veinte ejemplares... El ingeniero, poeta y ensayista mexicano Gabriel Zaid (1996) nos advirtió ya en su día del peligro que representan en nuestra sociedad opulenta actual “los demasiados libros”.

Pero los avances tecnológicos no hacen tabula rasa de todo lo anterior. La gran revolución de lo que Walter Ong (1987) dio en la diana al denominar “tecnologías de la palabra”, esto es, el descubrimiento del alfabeto fonético, no acabó con la oralidad y su soporte, la memoria, en contra de lo que temía Sócrates si hemos de hacerle caso a Platón. Pero tampoco la imprenta de tipos móviles erradicó para siempre el manuscrito; el cine no guillotizó el teatro; el teléfono no dio al traste con las cartas; la radio, con la prensa escrita; la televisión, con la radio...

Acaba de sucedernos en España: el *Boletín Oficial del Estado*, antes *La Gaceta de Madrid*, el órgano oficial para la difusión de las decisiones legislativas y gubernativas, ha dejado de publicarse en papel, y con el mismo formato que lo caracterizaba solo es accesible ahora en versión digital. ¿Alguien llorará por ello? ¿Qué mejor soporte que el informático para la indigesta aridez de todas esas disposiciones, tan onerosas de archivar? No creo, por lo demás, que con ello se haya perdido para siempre el beneficio de un impensable “plaisir du texte” en este trance.

Otra cosa es preocuparnos por algo que muchos ya se han preguntado: ¿hasta qué punto las nuevas tecnologías pueden alterar la relación entre las personas y su entorno natural y cultural, su modo de estar en el mundo y de comunicarse con la realidad? Justamente, este hecho ya lo había denunciado con tintes apocalípticos, como acabo de recordar, el propio Platón, que en su diálogo *Fedro o del amor* pone en boca de Sócrates el relatorio de cómo el dios Theuth inventó la escritura. Cuando expuso su descubrimiento al rey Thamus, jactándose de sus beneficios, el imperante se mostró por completo contrario a la innovación, por considerarla sumamente perjudicial para la memoria y, sobre todo, para la verdadera sabiduría, que solo se debería aprender oralmente de los maestros.

Es todavía reciente una noticia estimuladora de semejantes apocaliptismos: el profesor David Nicholas, jefe del Departamento de Estudios sobre la Información del University College de Londres, después de investigar con un centenar de voluntarios de distintas edades, llegó a la conclusión de que los adolescentes de hoy están perdiendo la capacidad de leer textos largos y de concentrarse en la tarea absorbente de leer un libro.

Frente a lo que sucede todavía con los adultos, los jóvenes entre los 12 y los 18 años apenas se detienen en una sola página web para obtener la información que precisan, sino que saltan de una a otra sin apenas fijar nunca su atención. El material de este estudio ha sido presentado a finales de febrero de 2010 en un capítulo de la serie documental de la BBC titulada LA REVOLUCIÓN VIRTUAL, y según su presentador Aleks Krotoski la

conclusión es que para bien o para mal la nueva generación está siendo moldeada por la web.

Cierto es que la irrupción de la nueva tecnología representa la posibilidad cierta de una muda de la condición humana como el propio MacLuhan advertía ya en 1962: “la imprenta comporta el poder individualizador del alfabeto fonético mucho más allá que la cultura del manuscrito pudo hacerlo jamás. La imprenta es la tecnología del individualismo. Si los hombres decidieran modificar esta tecnología visual con la tecnología eléctrica, el individualismo quedaría también modificado. Promover una lamentación moral acerca de ello es como soltar tacos contra una sierra mecánica porque nos ha cortado los dedos” (McLuhan, 1969: 224).

Así, en los años sesenta del siglo pasado, una muchacha recién licenciada, Janet Murray, mientras no lograba una beca para doctorarse en literatura inglesa entró a trabajar como programadora en la compañía IBM. Obtenido finalmente aquel título académico, abandonaría la actividad docente e investigadora para incorporarse al “Laboratorio para la tecnología avanzada en Humanidades” del MIT, donde actuaba ya como director Nicholas Negroponte (1999), el autor de *Being Digital*. Años más tarde, Janet publicaría un libro sobre el futuro de la narrativa en el ciberespacio donde recoge la misma sensación que yo experimentaré más tarde en el transcurso de una representación teatral a la que enseguida me referiré: “El nacimiento de un nuevo medio de comunicación es al mismo tiempo fuente de entusiasmo y temor. Cualquier tecnología industrial que extienda espectacularmente nuestras capacidades nos pone también nerviosos al cuestionar nuestro concepto de humanidad” (Murray, 1999: 13).

Más radical se había manifestado con anterioridad un conocido crítico literario norteamericano, Sven Birkerts, que en 1994 no había dudado en publicar *The Gutenberg Elegies*, libro como su título da a entender muy pesimista acerca del futuro de la lectura en la era electrónica. Birkerts ensarta una ristra de interrogantes a propósito de cómo las nuevas tecnologías pueden estar distorsionando nuestra condición humana, fragmentando nuestra identidad, erosionando la profundidad de nuestra conciencia. Y concluye con unas palabras que inciden directamente en la problemática que constituye el meollo de nuestro futuro cultural: la educación. Dice Birkerts (1999: 293): “Estamos renunciando a la sabiduría, cuya consecución ha definido durante milenios el núcleo mismo de la idea de cultura; a cambio nos estamos adhiriendo a la fe en la red”.

Echaré mi cuarto a espadas en esta concreta dimensión del asunto a base de algunas experiencias personales, casi todas librescas o relacionadas con la Literatura y su enseñanza.

En 2003 se repuso en España, después de siete lustros de su última representación, la pieza teatral de Antonio Buero Vallejo *Historia de una escalera*, estrenada en fecha tan temprana como 1949. Bajo la dirección de Juan Carlos Pérez de la Fuente, el Centro Dramático

Nacional llevó a escena, en el teatro María Guerrero de Madrid, este texto ya clásico del repertorio español contemporáneo. En él, la crítica valoró desde un principio su carácter de hondo drama que presenta y denuncia el desespero existencial de unas vidas marcadas por el lastre insuperable de una aplastante posguerra.

Asistí a una de esas funciones madrileñas en una tarde primaveral en la que el teatro se llenó de un público para mí especialmente prometedor. Eran docenas de mozos y mozas adolescentes que, acompañados por los profesores de sus centros escolares, acudían al María Guerrero como quien va de fiesta, lo que me resultó fácilmente comprensible: aquello significaba tanto como substituir la rutina de las aulas por la novedad fascinante de una experiencia teatral que, dicho sea de paso, siempre formó parte del repertorio de los recursos educativos audiovisuales *avant la lettre*. Es bien conocido el intenso empleo del teatro por los centros de enseñanza de tradición anglosajona, sin olvidar, más cerca de nuestra cultura hispana, la misma utilización del arte de Talía en los colegios jesuíticos.

La algarabía preliminar no remitió, sin embargo, una vez alzado el telón. Para mi desconcierto, aquel público de gente jovencísima reaccionó expresivamente siempre del mismo tenor, de forma invariable, a las distintas escenas que componían los tres actos de *Historia de una escalera*: rieron generalizadamente, muchas veces a carcajadas, siempre que concluía una situación dramática o un parlamento de personaje, y así escena a escena hasta el propio final.

Lo que aquello significaba era ni más ni menos que la comprensión de un drama como si fuese una comedia, y esto sin el mas mínimo margen de dubitación. Antonio Buero Vallejo quiso representar, a lo largo de un curso temporal de treinta años, cómo el drama de la vida transmitía de padres a hijos las mismas frustraciones, los mismos fracasos, un mismo destino inmisericorde. Todo esto se manifiesta a través de situaciones repetitivas desarrolladas en el escenario desolador de una escalera que se nos figura como una trampa o cepo en el que quedan atrapadas las vidas tanto de Carmina y Urbano, de Fernando y Elvira, como de la hija de los primeros y el primogénito de los segundos. Todos recordamos, en el acto inicial, el clímax que se produce cuando Fernando, soñador abúlico, promete a su novia una cadena de logros que los irá llevando paulatinamente al triunfo personal y a la felicidad amorosa, y todo remata cuando el chico, embebido en sus ensoñaciones, hace que se vierta la leche que Carmina acababa de traer al empujar el cántaro con su pie. Esta recreación del amargo “cuento de la lechera”, que probablemente ya no dice nada a los más jóvenes, fue festejada con un risueño aplauso del auditorio, encantado, al parecer, por lo cómico de la situación y por la torpeza del protagonista.

Para mí aquella respuesta, la recepción unánime de la pieza de Buero Vallejo por el público estudiantil en clave cómica, ejemplificó ni más ni menos que la muerte del drama, la lectura de una pieza de estas características como comedia, géneros antitéticos entendidos como tales desde que el propio Aristóteles formulase su teoría poética.

George Steiner hace ya casi cincuenta años estudió el gran tema de la muerte de la tragedia. Todas las personas tenemos conciencia del sino fatal que se ceba en algunas vidas pero la tragedia como género dramático tuvo su momento y hace siglos que desapareció. Las fuerzas trágicas son irracionales e insuperables. Cuando las causas de la catástrofe trágica son afrontables con posibilidad de reducirlas o erradicarlas, entonces entramos ya en la esfera del drama, como sucede en *Historia de una escalera*. Una sociedad mejor articulada, más abierta, con más incentivos o posibilidades, y un temperamento más decidido, menos apático y acomodaticio de los protagonistas cambiaría por completo su suerte y los llevaría a la realización positiva de sus vidas.

Buero Vallejo no quiso, sin embargo, ofrecernos esa posibilidad en su pieza; su intento era sacudir dramáticamente al público, generando en él la catarsis de conjurar sus propias servidumbres y miserias, las que tenían los espectadores de 1949 y tenemos también los de hoy, mediante la representación del sufrimiento de quien, sobre el escenario, nos mimetiza. Mas un grupo homogéneo, por edad y por formación, de espectadores de 2003 no se sintió concernido por semejante propuesta teatral, y de hecho transformaron el drama de Buero en una comedia, fuente de regocijo, de risa, de jolgorio. Ciertamente, el teatro, desde sus mismos orígenes, es fiesta en un sentido litúrgico, ritual, en cierto modo mítico. Es una celebración en la que la sociedad, colectiva, tribalmente, se reconoce a sí misma en la farsa que se reproduce sobre la escena, pero unas veces el fruto de la fiesta, la catarsis, es risueña, mientras que en otras es aceda. Si aquel público mozo reía un drama como comedia, de hecho reducía a esta última posibilidad toda manifestación teatral. ¿Y cómo así?

Claro que tengo presente, llegado a este punto, aquella cita insoslayable del *Eclesiastés* que nuestros judíos sefardíes de Ferrara tradujeron como “lo que fue, es lo que será; y lo que fue fecho, es lo que se hará; y no nada nuevo debaxo del Sol”. Con posterioridad a la experiencia que relato, leí el testimonio del realizador cinematográfico francés Bruno Dumont que afirmaba haber perdido la fe en el género humano el día en que unos alumnos de bachillerato a los que impartía clases de filosofía se partieron de risa con el filme *Nuit et brouillard* de Alain Resnais.

Por otra parte, el último libro que he leído de Milan Kundera (2009: p. 33) incluye un comentario a cuenta de *El idiota* de Dostoievski que viene al caso. Allí, en el episodio del paseo campestre de Evgueni Pavlovich con un grupo de chicas, el novelista checo recuerda “una risa colectiva de jóvenes que, al reírse, olvidan lo que las movió a reírse y siguen riendo sin razón; luego la risa (ésta muy poco frecuente, muy valiosa) de Evgueni Pavlovich que cae en la cuenta de que la risa de las chicas carece de toda razón cómica y, ante semejante *cómica ausencia de lo cómico*, se echa a reír”

Reflexionando por mi cuenta sobre lo sucedido en aquella función del María Guerrero se me hizo muy presente una poderosa fuerza que podría haber influido en el fenómeno: la mediación televisiva. Aquellos jóvenes podría ser que participasen por primera vez de una función teatral, como acreditaba quizás el estado de euforia con que se acercaron al

coliseo. Pero, ¿cuántas horas de televisión habrían asimilado ya en su corta vida? Curiosamente, en su texto, que es posterior a la experiencia mía que estoy relatando, Kundera (2009: p. 35) relaciona finalmente aquel pasaje de *El idiota* con un programa de televisión que desganadamente seguía en su casa en el que un abigarrado grupo de personas compuesto por actores, presentadores, políticos, escritores y tutti quanti “reaccionan con cualquier pretexto abriendo la boca de par en par emitiendo sonidos muy fuertes y haciendo gestos exagerados; dicho de otro modo, ríen”. Y piensa que si entre ellos hubiese caído el personaje de Dostoievski, todos los hubiesen acogido “con gran alboroto en su mundo de risa sin humor en el que estamos condenados a vivir”.

Volviendo a la reflexión desencadenada por velada bueriana de los estudiantes madrileños, en muchas de aquellas horas televisivas, por caso en las ficciones que se les hubiesen ofrecido, el registro no solamente habría sido cómico sino que estaría acompañado del refuerzo de unas risas enlatadas que desde la propia banda sonora de la emisión inducirían una respuesta unánimemente unívoca. En cierto modo, la televisión es fundamentalmente comedia, hasta el extremo de que pueda llegar a sugerir a las nuevas generaciones una identidad funcional entre la comedia y el espectáculo televisivo.

El paso siguiente en mi argumentación me llevó al terreno de lo que será el motivo central de esta ponencia. La pregunta es sencilla: ¿estaría asistiendo a una manifestación cristalina de un cambio radical de sensibilidad entre la juventud? Después de que durante veinticinco siglos las personas reaccionasen ante la tragedia como tragedia y ante la comedia como comedia, ¿la poderosa mediación televisiva de que hablamos sería quien de cambiar tan profundamente las bases de la condición humana y nuestra capacidad de comprensión hasta el extremo de abrir una quiebra insuperable entre Antonio Buero Vallejo, o incluso mi generación, nacida cuando *Historia de una escalera* estaba ya escrita, y los espectadores potenciales de hoy?

Con motivo de la publicación en México de mi último libro (Villanueva, 2008), que incluye un capítulo titulado “Después de la Galaxia Gutenberg y de la Galaxia McLuhan” en el que hago referencia a aquella representación madreña de *Historia de una escalera*, una institución mexicana denominada 17, *Instituto de Estudios Críticos* (diecisiete por el número de la casa en que convivieron psicoanalistas con los instigadores sociales de la Escuela de Frankfurt en los años treinta. Véase www.17.edu.mx) me invitó a participar, a lo largo de la semana del 27 de abril al 3 de mayo de 2009 en una interesante iniciativa de presentación de algunas de mis ideas al respecto y posterior diálogo *on line* enmarcada en el ciclo titulado “Vocaciones contemporáneas del editor”.

Una de mis *internetlocutoras*, Violeta Celis, me ilustraba con otra experiencia suya de índole semejante. Aprovechando la visita de la artista rusa Olya Lialina, pionera de la tendencia conocida como Net Art, Violeta organizó un taller introductorio al arte en redes con diez alumnos de una escuela secundaria pública y otros tantos de preparatoria en un colegio privado.

Los primeros no estaban en absoluto familiarizados con internet y el universo digital. Y así, mostraron una ilimitada capacidad de asombro, mezclado con su conciencia del desconocimiento del medio artístico y un cierto temor, que fueron venciendo poco a poco al tiempo que durante dos semanas experimentaban junto a un tutor las ilimitadas posibilidades que tenían a su alcance solo con mover su ratón.

Por el contrario, el segundo grupo, más favorecidos económica y socialmente y con la ventaja que su diferencia de edad con los anteriormente mencionados –de todos modos, tan solo tres o cuatro años–, exhibían una considerable familiaridad con las nuevas tecnologías, pero ante la experiencia artístico-educativa a que eran sometidos manifestaban apatía y desgana. Y concluía Violeta Celis en nuestro foro del 29 de abril de 2009: “Simplemente no les interesaba conocer los inicios de un arte que sigue siendo significativo y que nació casi junto a ellos. Es más, no entendían por qué la Internet era utilizada para hacer arte y lo que les desplegaba la artista en una pantalla les hablaba de un tiempo, de una composición y una tipografía signíca que era más antigua que la propia Biblia”.

Violeta Celis concluía coincidiendo conmigo en un terreno al que inevitablemente habríamos de llegar juntos: el de un nuevo espacio educativo en el que los profesores (nosotros) y los alumnos nacidos ya en la Galaxia Internet encontremos y utilicemos códigos comunes. Espacio educativo que también le corresponderá, inexorablemente, a la enseñanza del español como lengua extranjera en China o en cualquier otro país, con la salvedad de las diferencias sociales, culturales y de desarrollo en las aplicaciones tecnológicas propias de cada uno de ellos.

Debemos al tecnólogo Marc Prensky (www.marcprensky.com/writing/default.asp) la distinción, tan cierta, entre los “digital natives” (ellos), y los “digital inmigrants” (nosotros). Violeta y yo en cuanto participantes en aquel foro mexicano en el que coincidimos, podemos ser reconocidos como “webnautas”, y quizá, esforzándonos un poco, podríamos llegar a ser pronto “webactores” si somos capaces, como apuntan Pisani y Piotet (200: p. 109) de producir, actuar en, modificar y dar forma a la web de hoy, la Web 2.0. Más difícil veo yo, aunque nada es imposible, que nosotros utilicemos como ellos herramientas como Facebook, MySpace o los blogs para “construir nuestra identidad en relación a los demás al margen de cualquier mecanismo institucional tradicional” (Pisani y Piotet, 2008: p. 42).

A la nueva Galaxia que sucedió a la de Gutenberg es reconocida por los filósofos de la llamada Transmodernidad, entre ellos Rosa María Rodríguez Magda (2003; 2004), como la “Galaxia McLuhan”. El investigador canadiense murió en 1980, y en el cuarto de siglo que nos separa de su fallecimiento ocurrieron acontecimientos transcendentales para la historia de la Humanidad vista desde la perspectiva que McLuhan hiciera suya. En sus escritos se menciona ya el ordenador como un instrumento más de fijación electrónica de

la información, pero lo más interesante para nosotros resulta, sin duda, la impronta profética que en algunos momentos McLuhan manifiesta a este respecto. Así, cuando en su libro de 1962 trata de cómo la nueva interdependencia electrónica recrea el mundo a imagen y semejanza de una aldea global, McLuhan (1969: 55) escribe: “En lugar de evolucionar hacia una enorme biblioteca de Alejandría, el mundo se ha convertido en un ordenador, un cerebro electrónico, exactamente como en un relato de ciencia ficción para niños. Y a medida que nuestros sentidos han salido de nosotros, el GRAN HERMANO ha entrado en nuestro interior”.

Unos pocos años más tarde, en la extensa entrevista que una conocida y muy popular revista norteamericana le había hecho, McLuhan expresa una premonición referida a los ordenadores que habla de lo que en aquel momento no era más que un sueño y, por lo contrario, hoy es la realidad más determinante de lo que, con Manuel Castells (2001), vamos a denominar la *Galaxia Internet*. Decía McLuhan: “el ordenador mantiene la promesa de engendrar tecnológicamente un estado de entendimiento y unidad universales, un estado de absorción en el logos que pueda unir a la humanidad en una familia y crear una perpetuidad de armonía colectiva y paz. Éste es el uso *real* del ordenador, no como acelerador del marketing o de la resolución de problemas técnicos, sino como acelerador del proceso de descubrimiento y orquestación de ambientes y energías terrestres —y eventualmente galácticos—. La integración comunal psíquica, lograda al fin por los medios electrónicos, podría crear la universalidad de conciencia prevista por Dante cuando predijo que los hombres continuarían siendo poco más que fragmentos rotos hasta que se unificaran en una conciencia inclusiva. En un sentido cristiano es meramente una nueva interpretación del cuerpo místico de Cristo; y Cristo, después de todo, es la última extensión del hombre” (McLuhan y Zingrone, 1998: 314).

En las últimas palabras transcritas asoma una de las peculiaridades del autor, su condición confesa y militante de católico que tanto sorprende a algunos de sus lectores, como también la expresión aforística de su pensar y el desarrollo fragmentario, a borbotones, de sus ideas. Todo esto únese a una cierta pose de adivino que McLuhan cultiva, pues piensa que incluso los analistas más certeros de la realidad cultural y social van siempre un paso por detrás de ella en lo que se refiere a su visión del mundo, de manera que perciben como un todo orgánico y comprensible solamente el contexto que precediera al que en la actualidad están viviendo. Esto es lo que él denominaba “visión de espejo retrovisor” (McLuhan y Zingrone, 1998: 284), contra la que combatió, precisamente, con sus gestos proféticos.

A veces, por ejemplo cuando aventuraba la fecha exacta de la desaparición del libro, erró clamorosamente, pero hay que reconocerle perspicacia máxima en el vaticinio de cuál llegaría a ser la verdadera revolución de la Galaxia Internet. Sobre todo, si tenemos en cuenta la cronología, pues estamos hablando de un proceso muy corto en el tiempo para lo que fue la transcendencia de las profundas modificaciones ya introducidas no solamente en términos de tecnología sino también en lo que toca a la propia condición humana.

El primer ordenador capaz de ser programado, el famoso ENIAC (Electronic Numerical Integrator and Calculator), es fruto inmediato de la segunda guerra mundial. El UNIVAC, la primera computadora de uso comercial, es de 1951, y la serie 360 de IBM, pionera entre los ordenadores de empresa, es un poco posterior a la aparición del libro *La Galaxia Gutenberg* en 1962. En los años setenta se desarrollan los microprocesadores. Informáticos jóvenes como Jobs o Wozniak construyen el Appel II mientras que Bill Gates y Paul Allen hacen evolucionar el lenguaje de programación BASIC. Pero es después de la muerte de McLuhan, ya en 1981, cuando se vende un millón de microordenadores VIC-20 de Commodore, lo que impulsa a IBM a entrar en este mercado. En 1983 llega a la feria SIMO de Madrid el primer PC de IBM en España, con un precio de 400.000 pesetas (equivalentes a 2.400 euros de hoy en día y unos cuantos dólares más), que viene acompañado del DYNATAC, el primer terminal móvil de Motorola, conocido popularmente como “el ladrillo”. A finales del decenio de los ochenta, el CD-Rom posibilita la eclosión de los portátiles.

Aquellas ínfulas vaticinadoras de Marshall McLuhan cobran todo su mérito si reparamos en esta otra secuencia cronológica. De 1972 data la primera demostración de ARPANET, una red de ordenadores creada en 1969 desde la Universidad de California en Los Ángeles por la “Advanced Research Projects Agency” (ARPA) del Departamento de Defensa de los Estados Unidos. En 1983 se crea la red MILNET exclusivamente para fines militares, y aparece ARPA-INTERNET dedicada a la investigación bajo el control de la NSF, la “National Science Foundation”. Su privatización ya en los años noventa coincide con el aporte, justo en 1990, del sistema de hipertexto conocido como World Wide Web inventado por el programador inglés Tims Berners-Lee, que trabajaba en el CERN (el centro europeo de investigación en física de altas energías). Luego vendrán la comercialización en diciembre de 1994 del Netscape Navigator y la difusión que desde un año más tarde Microsoft hace del Internet Explorer como parte de su Windows 95, de modo que la suma de semejantes avances permitió finalmente el nacimiento de la Galaxia Internet.

Manuel Castells (2001: p. 31), uno de los máximos expertos en la sociedad digital, lo ratifica con toda certeza: “A pesar de que Internet estaba ya en la mente de los informáticos desde principios de los sesenta, que en 1969 se había establecido una red de comunicación entre ordenadores y que, desde finales de los años sesenta, se habían formado varias comunidades interactivas de científicos y hackers, para la gente, para las empresas y para la sociedad en general, Internet nació en 1995”.

Quiere esto decir que cuando cumplimos la primera quincena de años inmersos en la nueva Galaxia todavía no podemos dar por superado lo que bien podríamos llamar el “periodo incunable” de la nueva cultura generada por Internet. Mas basta con el tiempo pasado para preguntarnos si se pueden detectar ya o no sus efectos, más o menos evidentes, en la propia condición humana.

Aquellos jovencísimos espectadores de la representación madrileña de *Historia de una escalera* tendrían, cuando el comienzo de Internet, los mismos años que yo cuando la televisión comenzó su andadura en España. A mi casa aún tardaría un lustro en llegar la pequeña pantalla, pero ellos sin duda accedieron más pronto a la red, bien en la escuela bien en su domicilio: los tiempos van ahora mucho más prestos. De todos modos, supongo que comparto con ellos un mismo acomodo a la Galaxia Internet, aunque para mí no es ésta la burbuja en la que nací, crecí y aprendí a leer. Probablemente, en el caso de que su lectura cómica del drama de Buero Vallejo, tan ajena a mi propia sensibilidad, fuese fruto de una mediación externa, muy poderosa, yo pensaría antes en la influencia de la Galaxia McLuhan, y dentro de ella de la omnipresente televisión, que de la responsabilidad de Internet.

Igual que sucediera con la arribada de la escritura —recordemos la actitud de Sócrates— o con el invento de la imprenta —a la que el propio McLuhan, ciertamente muy de pasada, llega a atribuirle el contagio de la esquizofrenia y la alienación como “consecuencias inevitables” de la alfabetización fonética (McLuhan y Zingrone, 1998: 291)—, es legítimo hacernos la misma pregunta que se hace el apocalíptico Sven Birkerts (1999: 285): “¿por qué tan poca gente se pregunta hasta qué punto no estaremos cambiando nosotros mismos ni si estos cambios son para bien?”. Las respuestas que él mismo encuentra son todas ellas negativas y amenazantes. Los medios tecnológicos nos apartan cada vez más de lo natural, nos alienan de nuestro ser fundamental. Una poderosa cortina electrónica se interpone entre cada uno de nosotros, los demás, la naturaleza y, en definitiva, la realidad. Si cada individuo posee un “aura” propia —el término viene de Walter Benjamín y de su definición de la obra de arte—, una presencia única, estamos sufriendo una erosión gradual pero constante de dicha presencia humana, tanto en el plano individual como en el del conjunto de nuestra especie. El resultado final será, inexorablemente, la más absoluta superficialidad —Marcuse hablaba también de “unidimensionalidad”—. Huyendo de la profundidad inherente al ser humano hasta hoy, estamos acomodándonos “a la seguridad prometida de una vasta conectividad lateral” (Birkerts, 1999: 293).

Entre el apocaliptismo puro y la integración entusiasta hay matices intermedios, por supuesto. Recuerdo, por caso, la posición de James O’Donnell (2000), un cincuentón norteamericano de origen irlandés, profesor de estudios clásicos y especialista en Agustín de Hipona, que desempeña las funciones de vicerrector de sistemas de información e informática en la Universidad de Pennsylvania. En su libro sobre los avatares de la palabra desde el papiro al ciberespacio se nos muestra como un integrado que escribe, sin embargo, desde una intensa conciencia apocalíptica. O’Donnell duda sobre el futuro del libro, de los autores, de la lectura, de las bibliotecas, de las Humanidades académicas y de las propias Universidades. Recela también de que los nuevos tiempos acaben por marginar a librerías, escritores, lectores, bibliófilos, humanistas y profesores.

A esta espada de Damocles tienta de responder con un talante elegante y positivo, no exento de voluntarismo, porque, como él mismo dice, “estudio el pasado, pero proyecto

vivir en el futuro” (O’Donnell, 2002: 23). Precisamente por eso, toma a Casiodoro, autor sobre el que versó su tesis de doctorado, como símbolo de lo que debería ser la actitud de los maestros humanistas en el nuevo teatro universal del ciberespacio. Así como el autor de las *Institutiones*, desde su retiro monástico de Vivarium en la costa italiana, dedicó todas sus energías a preservar de los bárbaros la civilización clásica decadente, habilitando a los monjes como copistas eficaces de la erudición grecolatina, O’Donnell entiende que no muy diferente resulta su trayectoria personal de filólogo que dio el salto desde sus habilidades mecanográficas juveniles hasta el manejo de procesadores de textos rudimentarios como el Kaypro II, para llegar a la visita asidua, via módem, de bases de datos en línea o la edición electrónica de una revista de estudios clásicos. Y añade la siguiente confidencia: “en algún momento del proceso comencé a darme cuenta de una ironía. Yo había llegado a ser como Casiodoro. No porque fuese cristiano o erudito, sino porque, más o menos conscientemente, ayudaba en la tarea de crear, para la gente y las ideas que yo valoraba, un espacio útil en el nuevo ambiente tecnológico” (O’Donnell, 2000: p. 185).

Resulta ocioso añadir que yo mismo me siento muy identificado, biográfica pero también ideológicamente, con esta postura. Que ya había sido, por cierto, propuesta por Marshall McLuhan, quien en 1969 denunciaba que si los occidentales alfabetizados estuviesen realmente interesados en preservar los aspectos más creativos de su civilización, dejarían de permanecer de manos cruzadas lamentando los cambios para zambullirse en el vértigo de la nueva tecnología con el objeto de controlar la nueva Galaxia.

Hay una expresión suya que me parece digna de ser repetida aquí: McLuhan pide que se cambie la “torre de marfil” por una “torre de control” (McLuhan y Zingrone, 1998: 317). Y en este importante texto suyo, ya citado, que no pertenece a uno de sus grandes libros sino a una entrevista periodística, viene a incidir en lo que a nosotros más nos interesa: el campo de la educación en general y de la enseñanza audiovisual en particular. Para esto, es necesaria la racionalización de nuevas estrategias docentes, porque —son sus palabras— “esperar que un niño crecido en la era eléctrica responda a las formas de educación antigua, es como esperar que un águila nade. Esto simplemente no está dentro de su ambiente, por lo tanto es incomprendible” (McLuhan y Zingrone, 1998: 299).

McLuhan hablaba en la citada entrevista de los “niños televisivos” como actores de la Galaxia Gutenberg, pero nosotros ya habitamos en la Galaxia Internet y por eso Nicolás Negroponte (199: p. 272) emplea por su parte la expresión “niños digitales”, antesala de los “nativos digitales” de Marc Prensky que ya están dejando de ser adolescentes. Por cierto: no sé si mis coespectadores de *Historia de una escalera* responderían mejor a una o a la otra de esas denominaciones (probablemente a ambas). Por más que se calculara que cualquiera de aquellos niños de McLuhan ingresaba en la guardería con 4.000 horas de televisión a sus espaldas, el pensador consideraba que con ellos seguía siendo enteramente posible una “mezcla creativa” de las dos culturas, la alfabético-gutenbergiana y la “eléctrica”.

Porque la secuencia de Galaxias, como hemos comentado ya, no representa compartimentos estancos y tránsitos irreversibles. El propio McLuhan recordaba cómo los sistemas de comunicación eléctrica —pensemos en la radio y la televisión— representaron un claro retorno de la oralidad a la esfera de la comunicación humana y la transmisión cultural.

Ciertamente, la impronta de la voz y la función determinante del oído ahorma de nuevo el siglo XX en el que, si reparamos bien en el asunto, la televisión doméstica se construye sobre los cimientos genéricos y temáticos de la radio, hasta el punto de que algunos teóricos de la comunicación hablan a este respecto de *audiovisión*. Pues bien, una regresión semejante está claro que se produce entre la Galaxia Internet y la Galaxia Gutenberg. Umberto Eco (Nunberg, 1998: 305) clausuraba en 1994 un simposio sobre el futuro del libro advirtiéndole que “la característica principal de una pantalla de ordenador es que alberga y muestra más letras que imágenes. La nueva generación se acercará al alfabeto más que a las imágenes. Volvemos de nuevo a la Galaxia Gutenberg, y estoy seguro de que si McLuhan hubiera sobrevivido hasta la carrera de Apple hacia el Silicon Valley, se hubiera maravillado ante este acontecimiento portentoso”. No es de extrañar, así pues, que T. Nelson, uno de los *gurús* del hipertexto, llame a los ordenadores “máquinas literarias”.

Sin negarle entidad e interés, ni mucho menos, a las disquisiciones teóricas sobre las Galaxias, desde el alfabeto de los mesopotámicos (hoy, iraquíes) hasta Tim Berners Lee, a mí lo que me preocupa son las personas y el futuro. A fuer de humanista, veo todo este gran y magnífico embrollo tecnológico en clave humana: la de los que emigramos desde otra Galaxia pero no renunciamos a vivir en la nueva (y otras por venir), y a la vez en la otra clave de los nativos digitales que ya han nacido y los que van a nacer.

Cuando se habla de la “digital divide”, de la quiebra digital, se alude a la diferencia discriminativa e insalvable que se puede establecer en cuanto al uso y disfrute de las nuevas tecnologías por parte de los distintos países, sociedades o grupos sociales. Pero a mí me interesa también la posible quiebra digital entre generaciones. Que dejemos de hablar un mismo lenguaje; y, sobre todo, que dejemos de compartir protocolos comunes para el desarrollo del pensamiento. No que dejemos de pensar igual, lo que es imposible amén de inconveniente, sino conforme a una lógica sustancialmente común, fruto de determinados procesos cognitivos compartibles entre nosotros y nuestros hijos y nietos, o nuestros alumnos de literatura o de español como lengua extranjera.

Para que la Galaxia Internet propicie un refuerzo de la lectoescritura como fundamento de la educación humana es necesario que se implementen estrategias docentes bien articuladas y plenamente conscientes de los fines que se persiguen, lo que era uno de los caballos de batalla del último McLuhan, convencido un tanto hiperbólicamente, como a

veces le gustaba manifestarse, de que las escuelas de los años sesenta y setenta eran “instituciones penales intelectuales” (McLuhan y Zingrone, 1998: p. 300).

Comencé estas páginas con el relato de una experiencia personal desasosegante: la contradictoria por risueña representación de *Historia de una escalera*. Cumple que ahora, abusando una vez más de la paciencia de mis oyentes, eche mano de otra vivencia que fue por el contrario plenamente satisfactoria para mí.

Allá por el otoño de 2002 fuí invitado a visitar en la villa gallega de Arteixo el “Centro de Desarrollo y Tecnología” vinculado por la Fundación Amancio Ortega al proyecto “Ponte dos Brozos”. El mentado proyecto pretendía la mejora de los procesos de enseñanza y aprendizaje en el contexto de la Galaxia Internet a partir del trabajo en tres centros del Ayuntamiento local que incluían el segundo ciclo de infantil, primaria, enseñanza secundaria obligatoria, bachillerato y ciclos formativos de Formación Profesional.

En las aulas piloto que visité, los lapiceros, mapas, libros y la plastilina de colores convivían con ordenadores de sobremesa y portátiles, con pantallas digitales, escáneres e impresoras. La conectividad estaba garantizada, y formaba parte del conjunto de recursos de que los alumnos disponían con absoluta facilidad.

Nunca olvidaré, tampoco, que en la gran pantalla del aula, así como en las pequeñas de los ordenadores, aparecía un texto, un fragmento de la novelita picaresca *Lazarillo de Tormes*. Y que la fuente de la que procedía eran los fondos digitalizados de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, que fue fundada en la Universidad de Alicante poco antes de aquella visita mía a Arteixo, concretamente en 1999.

Desde entonces y hasta hoy, a lo largo de estos once años la Biblioteca Virtual (<http://www.cervantesvirtual.com>) ha servido novecientos veinticinco millones de páginas, de las cuales, por cierto, 1.846.358 fueron para la República China. El mes de mayo de 2010 se sirvieron catorce millones y medio, de las que menos del cuarenta por ciento fueron solicitadas desde Europa.

El catálogo de la biblioteca oferta 35.000 registros bibliográficos o documentales en general, que se van incrementando día a día. La cifra, aunque modesta si la comparamos con los fondos de las mejores bibliotecas presenciales, es meritoria en el ámbito de lo virtual si tenemos en cuenta que el “Gutenberg Project” (<http://www.gutenberg.org>), constituido en los primeros años setenta como un banco de textos informatizados, dispone de 19.000 títulos y recibe mensualmente dos millones de descargas. Tal posibilidad se ha aplicado, lógicamente, a otras latitudes culturales y lingüísticas, como por ejemplo en el Japón mediante el portal *Aozora Bunko* (<http://www.aozora.gr.jp/>), la “Colección del Cielo Azul” que digitaliza textos nipones de dominio público según la legislación del país.

La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, por su parte, posee una triple condición. Es, por una parte, una colección de materiales digitalizados, tanto a partir de documentos ya existentes, impresos o audiovisuales, como producidos originariamente de forma electrónica por los talleres de la propia Biblioteca. Pero estamos también ante un Centro de Investigación sobre la aplicación de las herramientas que proporcionan las nuevas tecnologías a la investigación humanística, a la edición digital y al desarrollo de las bibliotecas virtuales. Finalmente, se pretende también contar con un vehículo válido para propiciar el conocimiento de las culturas hispánicas, entendiendo por tales las fundadas sobre las lenguas compartidas por la Península Ibérica y América Latina.

Por lo tanto, la literatura de esas lenguas, producida en el ámbito iberoamericano, la hemeroteca y la enciclopedia interpretativa de las obras literarias y sus referencias críticas conforman los tres pilares de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Entre sus fondos cuenta con más de setenta portales temáticos, como los dedicados al Exilio, a países americanos como Venezuela, a la Literatura gauchesca, la Literatura infantil y juvenil, la historia y crítica del cine español, la cultura chicana, herramientas para la creación de materiales didácticos, etc., junto a cuarenta portales institucionales como, entre otros, el Joan Lluís Vives dedicado a las letras catalanas, el de las letras gallegas, los de las Bibliotecas Nacionales de Argentina, Chile, Perú o México, la Universidad Iberoamericana o el Colegio de México, y el portal específicamente dedicado al español como lengua extranjera, elaborado en colaboración con la Fundación Comillas, ya mencionada por mí, con el propósito de albergar una selección de fondos relacionados con ELE y cuyo objetivo principal es facilitar la consulta bibliográfica a todos los especialistas, profesores e investigadores en este campo específico que hoy nos reúne aquí, para lo que cuenta también con un apartado muy útil de enlaces con otros recursos web.

La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes ofrece asimismo cuarenta y siete bibliotecas de obras y autores clásicos y con más de un centenar de subportales de la misma índole dedicados a los contemporáneos. En ambos casos, se trata obviamente tanto de autores y texto españoles como latinoamericanos, entre los que se figuran desde Martín Códax, Cervantes, Sor Juana Inés de la Cruz o Calderón hasta Leopoldo Alas, Rubén Darío, Andrés Bello, Nicolás Guillén, Emilia Pardo Bazán, Alfonsina Storni, Pablo Neruda o Mario Benedetti.

Una Biblioteca de Historia, otra de Signos –especialmente concebida para personas con dificultades auditivas–, una Fonoteca con más de un millar de archivos y una Videoteca con mil vídeos de producción propia y materiales de otras procedencias, son las secciones que completan esta otra faceta de su catálogo que incluye unos diez mil títulos.

En 2004 Google anunció su proyecto de volcar en la red, en abierto, quince millones de libros procedentes de entidades públicas como bibliotecas, universidades u otras instituciones culturales. La iniciativa del líder mundial entre los buscadores de Internet

encontró enseguida serias dificultades, relacionadas sobre todo con el complejo asunto de los derechos de autor y de copia, pero ya es accesible su programa de busca de libros (<http://www.books.google.com>) que permite obtener información básica sobre obras de las que no hay vista previa disponible, acceder a la lectura directa de algunos fragmentos del texto solicitado o, incluso, a un número limitado de sus páginas.

Ante la aparente modestia de los dígitos que la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes maneja en comparación con las magnitudes millonarias que Google promete, hay que hacer una distinción determinante. No es lo mismo elaborar un gran banco de textos bibliográficos puesto en la red mediante la mera digitalización facsimilar de los libros originales que construir una auténtica biblioteca virtual, concebida para prestar a sus usuarios deslocalizados los mismos servicios que una biblioteca tradicional.

No se trata, solamente, de la información y la orientación necesarias para transitar con garantías de éxito por la frondosa selva de la producción escrita que la Humanidad ha acumulado a lo largo de más de dos milenios. Hay que proporcionar también todo un amplio abanico de herramientas lingüísticas e hipertextuales que allegarán valor añadido a la mera existencia de una determinada obra en Internet. Una biblioteca virtual puede ser en sí misma una construcción intelectual enriquecedora, y no un simple almacén digital de textos, lo que exige un lapso razonable de tiempo para desarrollar el trabajo y las inversiones apropiadas.

Existe, por otra parte, otra dimensión del problema que no puede ser desatendida. Ante el anuncio de Google la reacción europea no se hizo esperar. Tras unas declaraciones iniciales de Jean-Noël Jeanneney, presidente de la “Bibliothèque Nationale Française”, advirtiendo de lo que esto representaba desde el punto de vista de una posible hegemonía cultural, el entonces francés presidente Chirac tomaba cartas en el asunto apuntando que cumplía dar una respuesta desde Europa y sus lenguas a este envite, respuesta que no significa ir contra nada ni contra nadie sino a favor de la diversidad cultural y de que exista un punto de vista plural en la globalización del conocimiento que Internet está propiciando a ritmo acelerado.

Como consecuencia de esta reacción, contamos hoy ya con el proyecto de una Biblioteca Digital Europea apoyada además por Alemania, España, Hungría, Italia y Polonia, para el que Francia ha propuesto el nombre de *Europeana* que ya está en la red (www.europeana.eu) con documentos procedentes, en un principio, de la Bibliothèque Nationale Française, la Biblioteca Nacional Szechenyi de Hungría y la Biblioteca Nacional de Portugal. Al proyecto se han incorporando ya hasta un total de veintitrés bibliotecas públicas del Viejo Continente, y se pretende que al final de 2010 sea capaz de ofrecer más de seis millones de libros, películas, fotografías y otros documentos procedentes de países de la Unión Europea.

El fondo de la cuestión ha sido objeto, por lo demás, de un libro del propio Jean-Noël Jeanneney (2005), muy pronto reeditado, y de muy provocativo título: *Quand Google défie l'Europe*. Sus tesis son incontestables: Google es una empresa estadounidense que cotiza en Wall Street. En consecuencia, Google Search Book respondió a una búsqueda sobre Victor Hugo con veinte libros en inglés y uno en alemán, ninguno en la lengua del autor de *Les Misérables*. Y a un cibernauta que realizó una cala sobre *Great Expectations* de Charles Dickens se le coló, literalmente, un vínculo con una empresa amañadora de casamientos. Con razón dice Jeanneney (por cierto: un integrado, pues antes de dirigir la BNF estuvo al frente de la principal radio pública francesa) que a la hora de hacer una búsqueda sobre la revolución francesa le resultaría inaceptable que la primera referencia fuese a *A Tale of Two Cities* del propio Dickens y no a *Quatre-vingt-treize* del también citado Hugo. Él mismo pudo comprobar que una consulta realizada en febrero de 2006 en el sitio español de Google ([www. book.google.es](http://www.book.google.es)) acerca de Cervantes dio como primer resultado cinco obras en francés, seguidas de tres libros en inglés para que, al fin, en novena posición apareciera una antología de fragmentos de *El Quijote* en su lengua original (Jeanneney, 2006: 22). Uno de los problemas de Internet es una cierta confusión entre información y conocimiento, así como el peligro de provocar una especie de infocaos. Habría que añadir a ello la amenaza de un monopolio cultural monolingüe, por no hablar de perspectivas más propias del llamado pensamiento único. Bibliotecas virtuales como la Miguel de Cervantes están pensadas precisamente para evitar estos riesgos, ofreciendo el canon de las literaturas de varias lenguas cultivadas aquende y allende el Atlántico, rigurosamente reproducido y arropado además con las aportaciones últimas de la investigación filológica y literaria. Pero junto a lo dicho, lo que se pretende es aproximar a aquellos “niños televisivos” o “niños digitales”, a través de la pantalla, a la lectura de los textos.

José A. Antonio Millán (2001: 21), un acreditado experto español en la Galaxia Internet, sostiene la tesis, que yo comparto sin reservas, de que la lectura es la llave del conocimiento en la sociedad de la información. La red proporciona esta última a borbotones, en términos nunca antes logrados, pero no basta con eso. El único instrumento para la absorción individual de la información y su transformación en conocimiento es la lectura, que es una actividad individual, creativa, pero susceptible de ser inducida y tutorizada por los profesores.

Harold Bloom, como es bien sabido, construye sobre la lectura, que para él es siempre un *misreading* cuando va seguida de la escritura de una nueva obra, toda su teoría literaria, fundamentada en el canon de los libros eminentes que en la Historia han sido. Su escepticismo al respecto lo sitúa muy cerca de otros apocalípticos. Abrumado por la proliferación de nuevas tecnologías para llenar el ocio, y rodeado como se siente por los militantes de la que él mismo denomina “escuela del resentimiento” negadora del canon, entre los cuales reconoce incluso a varios de sus discípulos de Yale, considera casi imposible la tarea de enseñar a leer, porque –se pregunta– “¿cómo puedes enseñar la soledad?”, y la “verdadera lectura es una actividad solitaria” (Bloom, 1995: p. 527). Pero no

por ello en la “conclusión elegíaca” a su polémico libro de 1994, proclama: “regreso no para decirnos qué leer ni cómo leer, sino para hablaros de lo que yo he leído y considero digno de releer, probablemente la única prueba auténtica para saber si una obra es canónica o no” (Bloom, 1995: p. 526).

George Steiner (2006: 96), una de las máximas figuras del humanismo contemporáneo, quisiera ser recordado como un “buen maestro de lectura”. Y el prematuramente desaparecido comparatista e intelectual palestino, Edward Said, afirmaba, asimismo, poco antes de su fallecimiento que su trabajo como humanista era precisamente la lectura de textos fundamentales, procedieran de donde procedieran. “Lo que yo enseñé —concluía Said (2003: 82)— es cómo leer”. Leer para aprender.

Soy también un maestro más, y esa es mi condición más genuina que comparto con todos ustedes; pero no por deformación profesional o por interés de gremio sino por mera ciudadanía considero que la educación es el fundamento de los mejores logros de la sociedad y el instrumento insustituible para la buena gobernanza de la república. Las nuevas galaxias de la información y la comunicación precisan también de nuevas pautas pedagógicas, algunas de las cuales, por otra parte, tiene que ver con una educación para la nueva tecnología (Millán, 1998). Ese es el gran reto para las generaciones de los que no fueron —no fuimos— “niños digitales” porque tal posibilidad era utópica cuando eran chicos, y hoy escribimos, enseñamos, investigamos o nos gobiernan. Y ello a la hora de enseñar tanto una literatura como un idioma a sus hablantes nativos o quienes la tengan como lengua extranjera,.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berners-Lee, Tim, 2000: *Tejiendo la red*, Madrid, Siglo XXI.
- Birkerts, Sven, 1999: *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*, Madrid, Alianza Editorial.
- Bloom, Harold, 1995: *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*, Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, Pierre, 1996: *Sur la televisión*, Paris, Liber-Raison d’agir.
- Bruner, Jerome Seymour, 1986: *Actual Minds, Possible Worlds*, Cambridge, Harvard University Press.
- Bustamante, Enrique (compilador), 2003: *Hacia un nuevo sistema mundial de comunicación. Las industrias culturales en la era digital*, Barcelona, Gedisa.
- Castells, Manuel, 1997: *La era de la información. Vol. I. La sociedad red*, Madrid, Alianza Editorial.
- Castells, Manuel, 1998a: *La era de la información. Vol. II. Economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza Editorial.

- Castells, Manuel, 1998b: *La era de la información. Vol. 3. Fin de milenio*, Madrid, Alianza Editorial.
- Castells, Manuel, 2001: *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Cavalli Sforza, Luigi Luca, 2006: *La evolución de la cultura*, Barcelona, Anagrama.
- Cristal, David, 2002: *El lenguaje e Internet*, Madrid, Cambridge University Press.
- Chion, Michel, 1993: *La audiovisión: introducción a un análisis conjunto de la imagen y el sonido*, Barcelona, Paidós.
- Eco, Umberto, 1968: *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, Barcelona, Lumen.
- Eco, Umberto, 1992: *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen.
- Eco, Umberto, 2002: *Sobre literatura*, Barcelona, RqueR editor.
- Gómez de Liaño, Ignacio, 1982: *El idioma de la imaginación*, Madrid, Taurus.
- González Quirós, José Luis, y Gherab Martín, Karim, 2006: *El templo del saber. Hacia la biblioteca digital universal*, Barcelona, Ediciones Deusto.
- Goodman, Nelson, 1988: *Ways of Worldmaking*, Indianápolis, Hackett.
- Jeanneney, Jean-Noël, 2006: *Quand Google défie l'Europe. Plaidoyer pour un sursaut*, Paris, Mille et une nuits (segunda edición, revisada, aumentada y puesta al día).
- Kernan, Alvin, 1990: *The Death of Literature*, New-Haven/Londres, Yale University Press.
- Kundera, Milan, 2009: *Un encuentro*, Barcelona, Tusquets.
- Lledó, Emilio, 1992: *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Barcelona, Crítica.
- May, Renato, 1959: *Cine y televisión*, Madrid, Rialp.
- McLuhan, Marshall, 1969: *La galaxia Gutenberg. Génesis del Homo Typographicus*, Madrid, Aguilar.
- McLuhan, Marshall, 1994: *Understanding Media. The Extensions of Man*, Cambridge/London, The MIT Press.
- McLuhan, Eric, y Zingrone, Frank (compiladores), 1998: *McLuhan. Escritos esenciales*, Barcelona, Paidós.
- Millán, José Antonio, 1998: *De redes y saberes. Cultura y educación en las nuevas tecnologías*, Madrid, Grupo Santillana.
- Millán, José Antonio, 2001: *La lectura y la sociedad del conocimiento*, Madrid, Federación de Gremios de Editores de España.
- Millán, José Antonio (compilador), 2008: *La lectura en España. Informe 2008*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez y Federación de Gremios de Editores de España.
- Murray, Janet, 1999: *Hamlet en la holocubierta. El futuro de la narrativa en el ciberespacio*, Barcelona, Paidós.
- Negroponte, Nicholas, 1999: *El mundo digital. Un futuro que ya ha llegado*, Barcelona, Ediciones B. S. A.
- Nunberg, Geoffrey (compilador), 1998: *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?*, Barcelona, Paidós.

- O'Donnell, James, 2000: *Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio*, Barcelona, Paidós.
- Ong, Walter J., 1987: *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, F. C. E.
- Pisani, Francis, y Piotet, Dominique, 2008, *La alquimia de las multitudes. Cómo la web está cambiando el mundo*, Barcelona, Paidós,
- Platón, 1984: *Diálogos*, México, Porrúa.
- Rodríguez Magda, Rosa María, 1989: *La sonrisa de Saturno. Hacia una teoría transmoderna*, Barcelona, Anthropos.
- Rodríguez Magda, Rosa María, 2003: “La globalización como totalidad transmoderna”, *Claves de Razón Práctica*, 134, 22-30.
- Rodríguez Magda, Rosa María, 2004: *Transmodernidad*, Barcelona, Anthropos.
- Said, Edward, 2003: *The Art of Reading/El arte de leer*, Universidad de Oviedo.
- Sassoon, Donald, 2006: *Cultura. El patrimonio común de los europeos*, Barcelona, Crítica.
- Sennett, Richard, 2006: *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- Steiner, George, 2001: *La muerte de la tragedia*, Barcelona, Azul Editorial. Primera edición de 1961.
- Steiner, George, 2004: *Lecciones de los maestros*, Madrid, Siruela.
- Terceiro, José B., 1996: *Sociedad digit@l. Del homo sapiens al homo digitalis*, Madrid, Alianza Editorial.
- Terceiro, José B., y Matías, Gustavo, 2001: *Digitalismo. El nuevo horizonte sociocultural*, Madrid, Taurus.
- Thompson, Demian, 1998: *El fin del tiempo*, Madrid, Taurus.
- Villanueva, Darío, 2008: *Las fábulas mentirosas. Lectura, realidad, ficción*, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes (México).
- Wittgenstein, Ludwig, 1973: *Tractatus Logico-Philosophicus*, versión de E. Tierno Galván, Madrid, Alianza Editorial.
- Zaid, Gabriel, 1996: *Los demasiados libros*, Barcelona, Anagrama.